

UN AMERICANISMO EN ORFANDAD.
LOS ESTUDIOS AMERICANISTAS EN LA UNIVERSIDAD
ZARAGOZANA DE POSGUERRA¹

GUSTAVO ALARES LÓPEZ*

La Victoria de 1939 trajo aparejados unos profundos reajustes en el campo historiográfico. En este contexto, la ruptura de trayectorias vitales y la desaparición de instituciones académicas y tradiciones historiográficas constituyeron tan solo los efectos más visibles de la «hora cero» con la que en 1939 amaneció la profesión de historiador². Lo que se produjo a partir de esa fecha fue la reconfiguración de todo el espacio historiográfico y el establecimiento de unas nuevas pautas para el desarrollo de una profesión que a partir de entonces debió someterse a los estrechos cauces de la dictadura.

Lo que pretendo analizar en las líneas siguientes es cómo tras la Guerra Civil se establecieron los estudios americanistas en la Universidad de Zaragoza sobre el lejano recuerdo de la brillante tradición historiográfica de Manuel Serrano Sanz. En definitiva, abordaré el proceso de constitución de una cátedra y, aparejada a esta, de toda una nueva tradición de estudios que llega hasta nuestros días. Ilustrar este proceso a través del estudio de un caso particular permite evidenciar varios aspectos vinculados al oficio de historiador durante el franquismo. Por un lado, ejemplifica la «ruptura de la tradición liberal» producida tras la Guerra Civil que hace ya un par de décadas definiera el profesor Pasamar³. Tesis que, sin

* Universidad de Zaragoza.

¹ Este artículo se enmarca en el Proyecto de investigación HAR2012-31926, «Representaciones de la historia en la España contemporánea: políticas del pasado y narrativas de la nación (1808-2012)», financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad y bajo la dirección de Ignacio Peiró y en el Grupo de Investigación consolidado UPH Aragón H-23 dirigido por Carlos Forcadell.

² Sobre el concepto *hora cero* y su aplicación en España véanse Peiró, Ignacio, «La aventura intelectual de los historiadores españoles», en Ignacio Peiró y Gonzalo Pasamar, *Diccionario Akal de historiadores españoles contemporáneos (1840-1980)*, Madrid, Akal, 2002, pp. 9-45 y Marín, Miquel, *La historiografía española de los años cincuenta. La institucionalización de las escuelas disciplinares, 1948-1956*, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Zaragoza, 2008, 2 vols. Tesis doctoral inédita, y del mismo autor, «Revisiónismo de Estado y primera hora cero en España, 1936-1943», en Carlos Forcadell, Ignacio Peiró y Mercedes Yusta (eds.), *El pasado en construcción. Revisiónismos históricos en la historiografía contemporánea*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2015, pp. 362-406.

³ Pasamar, Gonzalo, *Historiografía e ideología en la posguerra española: la ruptura de la tradición liberal*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 1991.

embargo, todavía encuentra algunos críticos empeñados en destacar las supuestas continuidades liberales que se habrían dado en el insólito contexto de la dictadura. Por otro lado, el estudio de un caso paradigmático permite aludir a los procesos de construcción de la comunidad de historiadores franquistas durante la posguerra. Es decir, cómo se consolidó la nueva comunidad de historiadores, cómo se conformaron sus prácticas históricas e historiográficas, cómo contribuyeron a diseñar una particular cultura profesional, qué mecanismos de sociabilidad transitaron y cómo accedieron a sus puestos de dirección académica. Convertida la cátedra en «magistratura» del Estado, el poder omnímodo de esta hermandad de «pequeños dictadores» dictó las normas de la profesión, estableció los marcos metodológicos y moduló tanto objetos de estudio como enfoques⁴.

Pero pese a esta importancia fundamental de los historiadores en el franquismo —tanto para entender el devenir del oficio de historiador como para interpretar la cultura histórica del régimen— el estudio de los historiadores durante la dictadura sigue siendo un objeto de análisis tan solo abordado de manera tangencial⁵. En la década de 1960, los jóvenes intelectuales de la República Federal Alemana mostraron sus cautelas ante el paradigma de la *kastrastrophe* de Meinecke y, sobre todo, comenzaron a desconfiar de los complacientes pasados recreados en las reconstrucciones biográficas de sus maestros, iniciando un análisis detallado de las trayectorias vitales e intelectuales de los principales referentes de la profesión⁶. Lo cierto es que si el debate en torno al rol desempeñado por los historiadores bajo regímenes dictatoriales se ha abierto en otros ámbitos historiográficos —significativamente el alemán o el italiano, pero también en las nuevas repúblicas exsoviéticas— la historiografía española se muestra por lo general reacia a encararlo de una manera sistemática. Una circunstancia relacionada sin duda con la desigual consolidación de la historia de la historiografía como subdisciplina, pero también por las dificultades suscitadas a la hora de analizar un pasado en torno al que concurren un sinnúmero de interferencias: desde las redes familiares y discipulares —especialmente en un medio de intensos fenómenos de endogamia—, hasta las solidaridades ideológicas, pasando por el asfixiante dominio de lo políticamente correcto⁷. De

⁴ La cátedra como magistratura y la idea de los «pequeños dictadores», en Peiró, Ignacio, y Marín, Miquel, «Catedráticos franquistas, franquistas catedráticos. Los “pequeños dictadores” de la Historia», en Francisco Javier Caspistegui e Ignacio Peiró (coords.), *Jesús Longares Alonso: el maestro que sabía escuchar*, Pamplona, Eunsa, 2016, pp. 251-291.

⁵ Respecto a los historiadores franquistas y su función en la gestión de las políticas del pasado, Alares, Gustavo, *Políticas del pasado en la España franquista. Historia, nacionalismo y dictadura*, Madrid, Marcial Pons, 2017.

⁶ Una visión de conjunto de las continuidades personales e historiográficas tras 1945 en el capítulo introductorio de Horn Melton, James van, «Continuities in German Historical Scholarship, 1933-1960», al volumen colectivo de Harmut Lehmann y James Van Horn Melton (eds.), *Paths of Continuity. Central European Historiography from the 1930 to the 1950s*, Cambridge, Cambridge University Press, 1994, pp. 1-18. Sobre el cuestionamiento de los maestros en los años sesenta, Moses, Dirk, *German Intellectuals and the Nazi Past*, Cambridge, Cambridge University Press, 2007. Para el caso italiano, Angelini, Margherita, «Clio among the *Camicie Nere*. Italian Historians and Their Allegiances to Fascism (1930s-1940s)», en Giulia Albanese y Roberta Perge (eds.), *In the Society of Fascists. Acclamation, Acquiescence, and Agency in Mussolini's Italy*, Nueva York, Palgrave Macmillan, pp. 211-231 y de la misma autora, *Fare storia. Culture e pratiche della ricerca in Italia da Gioacchino Volpe a Federico Chabod*, Roma, Carocci editore, 2012.

⁷ Sobre la historia de la historiografía en España, Marín, Miquel, «La historia de la historiografía en España: recepción y crisis de una disciplina, 1976-2007», en Teresa Ortega (coord.), *Por una historia global: el debate historiográfico en los últimos tiempos*, Granada, Universidad de Granada, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2007, pp. 391-437.

manera que reconstruir el ecosistema y la práctica de los historiadores franquistas debe llevarse a cabo superando tanto los silencios premeditados como el desconocimiento producto en gran medida del desinterés por un pasado incómodo e impertinente, y convenientemente relegado a los ángulos oscuros⁸. Y debe hacerse a través de un profundo trabajo heurístico y documental, en el que el rastreo del amplio abanico de fuentes que competen a la historia de la historiografía resulta fundamental. Porque junto a las fuentes normalizadas —aquellas de carácter oficial—, el archivo del historiador de la historia reclama a su vez la inmersión en las diversas «fuentes del yo» repartidas en diarios, epistolarios y memorias, que nos hablan de percepciones, identidades, deseos y frustraciones.

MANUEL SERRANO SANZ, EL AMERICANISTA ERUDITO

Resulta habitual que, ante unos orígenes inciertos o la inexistencia de referentes ilustres, las comunidades se doten de relatos fundacionales en los que amparar sus indigencias. Así lo hicieron los latinos, explicándose a sí mismos como herederos de Eneas y de los últimos troyanos. Obviando las evidentes distancias, algo similar sucedió en la inmediata posguerra en la Universidad de Zaragoza. Ante el adanismo imperante y la desarticulación de escuelas y magisterios a consecuencia de la Victoria, la nueva generación de «profesores nacionalsindicalistas» que iniciaron la conquista de la Universidad franquista buscaron referentes académicos en los que insertarse⁹. Y es que, apelando al lejano referente de Manuel Serrano Sanz (fallecido en una fecha tan lejana como 1932), en la década de los cincuenta se verificó la (re)implantación de los estudios americanistas en la figura del catedrático Fernando Solano.

Lo cierto es que la presencia de Serrano Sanz en la Universidad zaragozana de principios de siglo resultó relevante¹⁰. Figura paradigmática en el proceso de profesionalización de la historia, escrupuloso archivero y uno de los pioneros en el estudio de la España colonial (concretamente la Florida y la Luisiana durante el siglo XVIII), el que fuera discípulo de Menéndez Pelayo ocupó la cátedra de Historia Antigua y Media en la Universidad de Zaragoza desde 1905 hasta su jubilación voluntaria en 1929 cuando, en palabras de su

⁸ Algo señalamos al respecto en «Biografía y franquismo. José Navarro Latorre (1916-1986): un proyecto de biografía política e intelectual», en Carmen Frías e Ignacio Peiró (eds.), *Políticas del pasado y narrativas de la nación. Representaciones de la Historia en la España contemporánea*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2016, pp. 243-294. Una aproximación de conjunto en Peiró, Ignacio, y Marín, Miquel, «Catedráticos franquistas, franquistas catedráticos. Los “pequeños dictadores” de la Historia», *op. cit.*, pp. 251-291.

⁹ Lo de «jóvenes profesores nacionalsindicalistas», en Ruiz Carnicer, Miguel Ángel, *Los estudiantes de Zaragoza en la posguerra. Aproximación a la historia de la Universidad de Zaragoza (1939-1947)*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1989, pp. 35-39. Sobre las actividades de este grupo intelectual zaragozano en la inmediata posguerra puede consultarse la introducción de Alares, Gustavo, *Diccionario biográfico de los consejeros de la Institución Fernando el Católico. Una aproximación a las elites políticas y culturales de la Zaragoza franquista*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2008, pp. 5-68.

¹⁰ Una aproximación biográfica en Pasamar, Gonzalo, y Peiró, Ignacio, *Diccionario Akal de historiadores españoles...*, *op. cit.*, pp. 588-589

discípulo y archivero Manuel Abizanda, dejó «a la pequeña familia estudiantina sin norte y sin guía»¹¹.

A lo largo de su estancia en Zaragoza, Serrano Sanz aglutinó una corta nómina de discípulos entre los que se encontraron el citado Manuel Abizanda —que tras 1936 tendría que refugiarse en el exilio argentino— Juan Francisco Yela Utrilla (con su monumental tesis *España ante la independencia de los Estados Unidos*, de 1925), José María Ramos Loscertales o Pascual Galindo Romeo. No obstante, su destino zaragozano no resultó tan halagüeño como cabría esperarse. De manera retrospectiva y a juicio de su sobrino Fernando Layna, el traslado a Zaragoza resultó para el erudito alcarreño «la más grande y perdurable amargura [...] al distanciarlo de la capital y sus archivos». Lo cierto es que Serrano Sanz tuvo que bregar con la dificultad de verse sujeto a una universidad de provincias como Zaragoza en un momento en el que el encumbramiento académico pasaba indefectiblemente por un destino en la Universidad Central de Madrid. Y, sobre todo, debió sobreponerse a los inconvenientes derivados de la lejanía geográfica respecto a los grandes archivos que habían nutrido sus primeros trabajos. Una circunstancia que el propio Serrano Sanz reconocería años después, al explicar cómo los «azares de la vida, el Destino más que la propia voluntad, me llevaron a trabajar en condiciones menos propicias para tales estudios, de tal modo que mis planes quedaron en deseos, y solo a duras penas como labor esporádica pude continuar la empresa comenzada con tan vivo entusiasmo»¹²:

Todo ello no fue óbice para que Serrano Sanz ofreciera algunos trabajos pioneros sobre la Norteamérica colonial del siglo XVIII. Una de sus primeras obras fue *Compendio de Historia de América*, una síntesis publicada en 1905 que tuvo una notable difusión en el medio universitario. Años después llegarían sus más conocidos trabajos de investigación: en 1912 publicó *Documentos históricos de la Florida y la Luisiana*, tres años después una biografía sobre *El brigadier James Wilkinson y sus tratados con España para la independencia del Kentucky*, y en 1916, *España y los indios cheroquis y chactas en la segunda mitad del siglo XVIII*, iniciando con esta obra el estudio de las relaciones de España con los indígenas norteamericanos. De 1918 es su conocido e influyente estudio sobre *Los amigos y protectores de Colón*, en el que entraba en liza en el intenso debate suscitado en torno a los orígenes y vicisitudes del Almirante, y ese mismo año apareció *Orígenes de la dominación española de América*¹³. En cualquier caso, y aprovechando su estancia en la capital zaragozana, Manuel Serrano Sanz compaginó sus

¹¹ Abizanda, Manuel, «D. Manuel Serrano Sanz en Zaragoza», en *El erudito español D. Manuel Serrano Sanz, 1866-1932*, Madrid, Nuevas Gráficas, 1935, pp. 120-122 (121).

¹² Así lo reconoció en el discurso durante el homenaje que su pueblo natal de Ruguilla le ofreció en 1925. Dicho discurso aparece reproducido en «El pueblo natal, la familia, la vida y obra de D. Manuel Serrano Sanz (notas para una biografía)», en *El erudito español D. Manuel Serrano Sanz, 1866-1932*, Madrid, pp. 11-76 (69).

¹³ Serrano Sanz, Manuel, *Los amigos y protectores aragoneses de Cristóbal Colón*, Madrid (Nueva Biblioteca de Autores Españoles, 25), 1918, pp. V-CCLVII. Un análisis del trabajo erudito de Serrano Sanz en Armillas, José Antonio, «Fuentes documentales de Serrano Sanz sobre mosén Juan de Coloma, secretario real», en Jesús Varela y María Montserrat León (coords.), *Actas del Congreso Internacional V Centenario de la Muerte del Almirante*, vol. 2, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2006, pp. 101-114.

investigaciones americanistas con un intenso trabajo en el Archivo de Protocolos Notariales de Zaragoza, en el Seminario de San Carlos y el Casino Mercantil, del cual fue socio y asiduo usuario de su rica biblioteca. De hecho, fue pensionado por la Junta de Ampliación de Estudios para llevar a cabo diversas investigaciones documentales que tuvieron como primer resultado la publicación en 1912 de *Noticias y documentos históricos del condado de Ribagorza hasta la muerte de Sancho Garcés III*, un trabajo en el que se evidenció su escrupulosa y pulcra erudición. Claro que esta deriva hacia otros derroteros afectó sin duda a su vocación americanista. El catedrático Eduardo Ibarra —uno de los padres de la profesión histórica española— lamentaría años después la «dispersión de la actividad» del considerado por muchos como el «Menéndez Pelayo pequeño»¹⁴. Manuel Serrano Sanz tan solo volvería a Madrid en 1929 tras cesar de manera voluntaria en su cátedra, para pasar sus últimos años dedicado al cada vez más fatigoso quehacer del trabajo de archivo. Así y todo, la presencia de Serrano Sanz —junto a algunas incursiones de Eduardo Ibarra, más por el oportunismo de la efeméride celebrada en 1892 que por estricta vocación—, permitió que la Universidad de Zaragoza pudiera vincularse en cierta medida con los estudios americanistas¹⁵.

En cualquier caso, y con la salvedad de figuras como Rafael Altamira, el americanismo académico se encontró profundamente condicionado por las limitaciones derivadas del paradigma nacional. Es decir, resultó norma habitual en los diferentes estudios sobre la Historia de América, la tendencia a proyectar en el continente americano la historia de España tendiendo a revalorizar la supuesta acción civilizatoria de España en el continente americano. Esta perspectiva que se alimentaba de los ecos de la *Leyenda Negra*, redundó en una investigación prácticamente inexistente en los archivos extranjeros, reflejando las dificultades materiales de la profesión, pero también los límites de una historiografía en alto grado autorreferencial. Del mismo modo, este ensimismamiento limitó los fructíferos contactos que hubieran podido establecerse entre el americanismo español y los incipientes *Latin American studies* implantados en las universidades estadounidenses desde principios de siglo. Sobre todo, habida cuenta del carácter *revisionista* de los historiadores *boltonianos* —como Herbert Bolton, Lewis Hanke o Arthur Preston Whitaker— empeñados en una reevaluación, en general positiva, del legado colonial español¹⁶. No obstante, esta serie de

¹⁴ Tras alabar sus logros y dedicación, Eduardo Ibarra se lamentaría de todo «... lo que hubiera podido hacer Serrano Sanz si toda su enorme energía cerebral, si toda su constancia en el trabajo, si toda su facilidad y preparación técnica, la hubiera concentrado en vez de dispersarla, en torno de una figura histórica, en el esclarecimiento de un período histórico concreto, en suma, en perfeccionar o proseguir labor de otros, concertada, en vez de caminar solitario, en su formación y en su trabajo». Ibarra, Eduardo, «En recuerdo de Don Manuel Serrano Sanz», en *El erudito español D. Manuel Serrano Sanz...*, *op. cit.*, pp. 97-101 (101).

¹⁵ La celebración del IV Centenario del Descubrimiento como «punto de partida del americanismo español», en Bernabéu, Salvador, «Los orígenes del americanismo español contemporáneo: el IV Centenario del Descubrimiento de América (1892)», en Pilar Cagiao y Eduardo Rey (eds.), *Aproximaciones al americanismo entre 1892 y 2004*, Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela, 2006, pp. 13-31; y más ampliamente en Bernabéu, Salvador, *1892: el IV Centenario del Descubrimiento de América en España: coyuntura y conmemoraciones*, Madrid, CSIC, 1987.

¹⁶ Sobre el paradigma boltoniano, Weber, David J., «Turner, the Boltonians, and the Borderlands», *The American Historical Review*, vol. 91, n.º 1 (1986), pp. 66-81, y con mayor amplitud, Magnaghi, Russell M., *Herbert E. Bolton and the Historiography of the Americas*, Westport, Londres, Greenwood Press, 1998. Uno de los últimos autores que

limitaciones del americanismo español también deben ponerse en relación con el estado incipiente de una disciplina que aún no había consolidado su instalación en el sistema universitario y que requería, en palabras de Serrano Sanz, «la catalogación de los fondos de nuestros primeros depósitos documentales, la elaboración de amplias bibliografías y algo así como una *Colección de documentos inéditos* mejor trabajada que la existente»¹⁷.

En cualquier caso, la minuciosa erudición de Serrano Sanz, su dedicación solitaria y su carácter frugal y ajeno a las vanidades mundanas bien pudieron representar un acertado compendio de la «constelación de virtudes» que conformaban la imagen del erudito profesional a principios del siglo XX¹⁸. Una etapa de primera profesionalización en la que el rigor científico se justificaba en el dominio de los utillajes metodológicos básicos (las destrezas paleográficas, la crítica de fuentes) y la obsesiva dedicación a la búsqueda documental a través de un conocimiento exhaustivo de los archivos: «exactitud en la información bibliográfica, documentación riquísima, juicio sereno e imparcial, estilo vivo, sobrio, verdaderamente didáctico: ni ampulosidad declamatoria, ni sequedad insoportable» acotaría Agustín Millares Carlo respecto a la práctica historiográfica de Serrano Sanz¹⁹. Todo ello remitía a la imagen del héroe intelectual abnegado y solitario, y en franca disputa con un acervo documental siempre pendiente de análisis. Serrano Sanz aunaría todas estas virtudes y valores con una tendencia personal hacia la introspección, en contraste con la decidida vocación expansiva de otro americanista coetáneo como Carlos Pereyra, más inclinado al ensayismo y a los juegos sociales. En cualquier caso, Serrano Sanz representó certeramente las virtudes y los límites del americanismo de principios del siglo XX. Pero en la década de 1930 este modelo de historiador representado por Manuel Serrano Sanz comenzaba a resultar obsoleto frente a la emergencia de un modelo profesional más colaborativo y especializado. En 1935, y con ocasión del homenaje póstumo dedicado al historiador alcarreño, Eduardo Ibarra deslizó una reflexión sobre el ambiente formativo que ambos compartieron en esa universidad de la Restauración en la que, «sin maestros, sin grupos de cultivadores de concretas disciplinas», los jóvenes candidatos a historiadores debían encaminarse hacia una búsqueda ascética y solitaria del conocimiento histórico. Frente al aislamiento, Ibarra reconocía las virtudes de la creciente profesionalización del oficio y su consolidación institucional: «Los jóvenes que hoy acuden a nuestras aulas están en muy distintas condiciones: pueden especializarse, no se

han abordado el pasado hispánico de los Estados Unidos ha sido Felipe Fernández-Armesto en su fluido ensayo *Nuestra América. Una historia hispana de Estados Unidos*, Madrid, Galaxia Gutenberg, 2014. Una aproximación panorámica a la implantación de los *latin american studies* en Vélez, Palmira, *La historiografía americanista en España, 1755-1936*, Madrid-Fráncofurt, Iberoamericana-Vervuert, 2007, pp. 380-390.

¹⁷ Rodríguez Moñino, Antonio, «Post-Scriptum (Notas)», en *El erudito español D. Manuel Serrano Sanz, 1866-1932*, *op. cit.*, pp. 157-161 (159).

¹⁸ Sobre las virtudes, habilidades y horizontes que conformaron la imagen y figura del historiador, Paul, Herman, «What is a scholarly persona? Ten theses on virtues, skills, and desires», *History and Theory*, 53 (2014), pp. 348-371.

¹⁹ Millares, Agustín, «A la memoria del maestro», en *El erudito español D. Manuel Serrano Sanz, 1866-1932*, *op. cit.*, pp. 143-145 (143-144).

ven forzados a caminar solitarios, trabajando en lo que buenamente apetezca o pidan [...]»²⁰. Claro que esta sustancial modificación del marco institucional y de las prácticas históricas del oficio no la llegaría a conocer Serrano Sanz, que fallecía en Madrid en noviembre de 1932 dejando inconcluso su discurso de ingreso para la Real Academia de la Historia.

Lo cierto es que al impulso modernizador del regeneracionismo de cátedra —con el destacado referente de Rafael Altamira y su cátedra de Historia de la Instituciones Políticas y Civiles de América— la II República se comprometió de manera decidida en la actualización del entramado institucional del americanismo y su definitiva conversión en una disciplina universitaria²¹. En este sentido debe destacarse la fundación del Centro de Estudios de Historia de América de la Universidad de Sevilla y el Instituto Hispano-Cubano de Historia de América, ambos bajo la dirección de José María Ots Capdequí, que reafirmaron la determinante importancia del Archivo General de Indias como centro de peregrinación para los americanistas españoles y extranjeros. Y del mismo modo, cabría señalar el Seminario de Estudios Americanos que desde la Universidad Central de Madrid impulsó en 1934 Antonio Ballesteros²². Pero, sobre todo, destacó la puesta en marcha en 1934 de la sección de Estudios Hispanoamericanos del Centro de Estudios Históricos bajo la dirección de Américo Castro, y que contó con una creciente nómina de colaboradores entre los que se encontraron Silvio Zabala, Antonio Rodríguez Moñino, Ángel Rosenblat, Ramón Iglesia o Manuel Ballesteros. Si bien la existencia de la entidad resultó efímera, no es menos cierto que las inclinaciones de la sección se alejaron del relato heroico de la conquista y la evangelización, apostando por «el trabajo sereno, científico, documentado, cimentado en la crítica literaria y en los últimos avances del americanismo internacional»²³. Unas tendencias que quedarían reflejadas en las páginas de la revista *Tierra Firme*, mascarón de proa de un nuevo americanismo cultural y académico más abierto y dialogante, y que en cierto sentido culminaría en 1935 con la celebración en Sevilla del *XXVI Congreso Internacional de Americanistas*²⁴.

Pero el dinamismo del americanismo que se detectaba fundamentalmente en Madrid y Sevilla contrastaba con la débil tradición americanista sostenida por el discreto magisterio de

²⁰ Ibarra, Eduardo, «En recuerdo de Manuel Serrano Sanz», en *El erudito español D. Manuel Serrano Sanz, 1866-1932, op. cit.*, p. 101.

²¹ Al respecto, Bernabéu, Salvador, «Los americanistas y el pasado de América: tendencias e instituciones en vísperas de la guerra civil», *Revista de Indias*, vol. LXVII, n.º 239 (2007), pp. 251-282. Resulta significativo que a la altura de 1935 el *Diccionario* de la RAE no incluyera la acepción de *americanismo* como disciplina académica. De ello se lamentaba Carlos Pereyra en «Curiosidad insaciable y fecunda», en *El erudito español D. Manuel Serrano Sanz, 1866-1932, op. cit.*, pp. 148-152.

²² Un análisis detallado del americanismo en la Universidad Central de Madrid y del destacado protagonismo de Antonio Ballesteros Beretta en Palmira Vélez, *La historiografía americanista en España...*, *op. cit.*, pp. 187-230.

²³ La información y el entrecomillado en Bernabéu, Salvador, «El americanismo en el Centro de Estudios Históricos. Américo Castro y la creación de la revista *Tierra Firme* (1935-1937)», en Gabriela Dalla Corte, Ariadna Llus y Ferran Camps, *De las independencias al bicentenario: trabajos presentados al Segundo Congreso Internacional de Instituciones Americanistas, dedicado a los fondos documentales desde las independencias al bicentenario*, Barcelona, Casa América Catalunya, 2006, pp. 47-70.

²⁴ Vélez, Palmira, *La historiografía americanista en España, 1755-1936...*, *op. cit.*, pp. 354-358.

Serrano Sanz, que no conseguiría siquiera culminar la fundación en 1924 de una sección de Estudios Americanistas en la Universidad de Zaragoza²⁵. Tras su retiro voluntario en 1929, tan solo quedó un rastro difuso del magisterio del historiador alcarreño, personificado en diversos discípulos dispersos, más apegados al maestro por la admiración hacia su afable personalidad y pulcritud erudita —como «uno de los más sólidos pilares de la erudición española» lo calificaría Rodríguez Moñino— que por el desempeño en la disciplina americanista²⁶. Lo cierto es que la sombra del catedrático alcarreño, por muy alargada que fuera, no podía cobijar a los nuevos candidatos a erigirse en sus herederos.

LA ENGAÑOSA RECUPERACIÓN DE UNA TRADICIÓN HISTORIOGRÁFICA

Lejana la huella de Manuel Serrano Sanz y extintas las vocaciones americanistas en la Universidad de Zaragoza, fue Fernando Solano el encargado de recuperar los estudios americanistas en la capital aragonesa. Nacido en 1913 en el seno de una familia de tradición militar, Fernando Solano ingresó en la Universidad de Zaragoza y, tras abandonar sus estudios de Derecho, se matriculó en 1929 en la Facultad de Filosofía y Letras en donde se licenció en 1936. Solano se integraba en una universidad de provincias cuyos estudios históricos se caracterizaban por el predominio del medievalismo, el peso de la erudición, y el gusto por la publicación de fuentes documentales. Una Facultad en la que destacaba el magisterio de los veteranos Andrés Giménez Soler, José Salarrullana, Mariano Usón, Álvaro de San Pío y Pascual Galindo; que tenía como referencia en el contemporaneísmo al «anglificado» Carlos Riba; y que se completaba con una generación más joven integrada, entre otros, por Rafael Sánchez Ventura o Manuel Mindán Manero. Una Facultad de Filosofía y Letras que pese a sus limitaciones mostraba cierto dinamismo, y que desde 1933 editaba la revista *Zurita*, a la que concurrirían historiadores experimentados como Andrés Giménez Soler, Eduardo Ibarra o Peter Rassow, junto a jóvenes prometedores como Ángel Canellas²⁷.

²⁵ Una breve panorámica del americanismo en Aragón en Vélez, Palmira, *El americanismo contemporáneo en Aragón*, Zaragoza, Mira editores, 1990; y de la misma autora, «El americanismo aragonés en la Restauración: los intentos de trascender la identidad regional», en Pilar Caglio y Eduardo Rey (eds.), *Aproximaciones al americanismo entre 1892 y 2004. Proyectos, instituciones y fondos de investigación*, Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela, 2006, pp. 65-75.

²⁶ Rodríguez Moñino, Antonio, «Post-Scriptum (Notas)», en *El erudito español D. Manuel Serrano Sanz, 1866-1932*, op. cit., pp. 157-161 (160).

²⁷ Ángel Canellas (1913-1991) se licenció en Derecho y Filosofía y Letras en la Universidad de Zaragoza (1936) y en 1939 fue nombrado profesor auxiliar temporal en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Zaragoza. En 1944, obtuvo la cátedra de Paleografía en la Universidad de Santiago, siendo elegido decano (1945). Al año siguiente regresó a la Universidad de Zaragoza para regentar la cátedra de Paleografía hasta su jubilación. Católico y conservador, se vinculó tempranamente a la Falange zaragozana, desarrollando una notable actividad política durante la década de los cuarenta, tanto en la Delegación de distrito de Educación Nacional, como en diversos organismos falangistas vinculados a la docencia como el SEPES, y las instituciones políticas locales como concejal del Ayuntamiento (1946) y teniente alcalde (1949-1954). En el ámbito de la administración universitaria fue secretario general de la Universidad de Zaragoza (1947-1954), decano de la Facultad de Filosofía y Letras en sustitución de José María Lacarra (1967), y dos

Fue en las aulas de la universidad donde Fernando Solano inició su temprana militancia política en el SEU (del que fue fundador en Zaragoza) y en Falange. Y fue ese espacio de militancia y de luchas contra la FUE y las autoridades académicas de la República las que modelaron la primera adscripción política de Fernando Solano. Y, sobre todo, proporcionaron las primeras amistades, algunas de ellas indisolubles al paso del tiempo. Así resultó con Ángel Canellas —militante de la Federación Aragonesa de Estudiantes Católicos (FAEC)—, pero sobre todo con José Navarro Latorre, presidente de la FAEC, y con el que mantuvo hasta sus últimos días una leal amistad fundada en la camaradería política, las experiencias y proyectos compartidos, y unos valores y criterios vitales en gran medida coincidentes²⁸. En una fecha tan tardía como 1965 Fernando Solano rememoraba con nostalgia los lejanos días de luchas estudiantiles junto a su amigo y camarada Navarro Latorre, constatando el inexorable paso del tiempo:

Hoy hace 31 años en que fuimos por primero a Rueda ¿te acuerdas? [...]. 31 años son mucho. Una generación completa. Me viene a cuento ante los espectáculos de estos días; yo entonces era jefe del SEU y tú presidente de la FAEC. En cierto modo éramos promotores de algaradas juveniles. Ahora me toca a mí ser yunque. Es una ley de compensaciones que no deja de ser divertida. Martillo, yunque...²⁹.

En el agitado contexto sociopolítico de la II República, y pese a que sus características físicas no lo predispusieran inicialmente a ello, Fernando Solano se convirtió en un verdadero *estudiante de acción*. De hecho, a raíz de unos incidentes en marzo de 1936 tras la ilegalización de Falange y que supusieron su detención, Fernando Solano, ante posibles más graves consecuencias, marchó a la Università per Stranieri de Perugia. No obstante, tras la

veces vicerrector (1968-1971, 1974-1977). Consejero fundador de la Institución Fernando el Católico (1943) y jefe de su sección de Historia (1946-1985), fue director de la misma entre 1977 y 1984. Al respecto, Pasamar, Gonzalo, y Peiró, Ignacio, *Diccionario Akal de historiadores españoles contemporáneos*, Madrid, Akal, 2002, pp. 156-157 y con mayor amplitud en Alares, Gustavo, *Diccionario biográfico de los consejeros de la Institución Fernando el Católico...*, *op. cit.*, pp. 153-160.

²⁸ Fernando Solano Costa (1913-1992), licenciado en Historia por la Universidad de Zaragoza en 1936, se doctoró en 1948 bajo la dirección de Antonio Ballesteros con la tesis doctoral *La Luisiana y sus problemas. Población y emigración. Aportación al estudio de las relaciones diplomáticas entre España y los EE. UU.* Profesor auxiliar de la Universidad de Zaragoza y director del Colegio Mayor Cerbuna, en 1950 obtuvo la cátedra de Historia de España en las edades Moderna y Contemporánea, Historia de América y de la Colonización Española en América. Ocupó a su vez el Vicedecanato de la Facultad de Filosofía y Letras (1957-1975) y la Secretaría de Publicaciones (1957-1967). Cesó por jubilación en 1983. Fue uno de los principales impulsores de la Institución Fernando el Católico, de la que fue director desde 1953 hasta su dimisión en 1977. A su vez desarrolló una intensa actividad en FET-JONS y en la política local, habiendo sido uno de los fundadores del SEU zaragozano en 1934. Participó en la organización de la Delegación de distrito de Educación Nacional en Zaragoza (1940) y en diversos organismos de Falange. Concejal del Ayuntamiento de Zaragoza (1944), vicepresidente de la Diputación Provincial de Zaragoza (1946-1949), presidente de la misma (1949-1953) y procurador a Cortes. Al respecto puede consultarse su voz en Pasamar, Gonzalo, y Peiró, Ignacio, *Diccionario Akal de historiadores...*, *op. cit.*, pp. 596-598, y más extensamente en Alares, Gustavo, *Diccionario biográfico de los consejeros de la Institución Fernando el Católico...*, *op. cit.*, pp. 375-384.

²⁹ «Carta de Fernando Solano a José Navarro. Zaragoza, 5 de marzo de 1965». Archivo José Navarro Latorre (AJNL), C 5 Bis 9. Correspondencia con Fernando Solano, 1965.

noticia de la sublevación militar el zaragozano retornó a España para integrarse en las fuerzas sublevadas, en un periplo no exento de incertidumbres.

Lo cierto es que la coyuntura abierta por la Guerra Civil proporcionó a esta generación de «jóvenes profesores nacionalsindicalistas» un espacio de actuación política inimaginable años atrás. Si durante la II República habían constituido una minoría política con una limitada capacidad de influencia, la guerra los había aupado a unas responsabilidades de poder incompatibles con su insultante juventud. Unos jóvenes falangistas que armados con «lanzas de tinta», un idealismo sin fisuras y un estilo arrogante, violento y pretendidamente revolucionario, emprendieron la tarea de implantar un nuevo modelo cultural que suplantara los caducos organismos alimentados por el liberalismo³⁰. Y en la primera línea de aquellas Falanges culturales se encontraría Fernando Solano.

Conviene significar la importancia que tuvo este grupo de afinidad política y generacional que con gran habilidad ocupó destacadas responsabilidades políticas y académicas en la Zaragoza franquista. Por eso resulta significativo trasladarse brevemente a 1983 cuando, el candidato a poeta y luego catedrático de Prehistoria de la Universidad de Murcia, Jorge Juan Eiroa, publicó *El rojo color del agua*³¹. Una novela con pretensión de testamento generacional, en la que recreaba las andanzas de aquella juventud falangista y profundamente patriota en las semanas precedentes a la sublevación militar. La obra de Jorge Juan Eiroa —uno de los últimos discípulos políticos de aquella generación de la Victoria— no dejaba de constituir un testimonio y en gran medida un particular homenaje a aquellos «jóvenes profesores nacionalsindicalistas» que, a la altura de los años ochenta, eran ya una generación agotada, resentida y resignada ante el curso cambiado de la historia. Una generación que, salvo para aquellos que con gran habilidad habían logrado reinventarse para la democracia, caminaba de manera irreversible hacia la irrelevancia.

En cualquier caso, tras 1939 lo que aconteció fue el desgarramiento de la vida nacional y, en el ámbito historiográfico, una profunda reconfiguración que afectó a todas las dimensiones del oficio de historiador. El entramado institucional sufrió drásticas modificaciones con la supresión de entidades tan relevantes como la Junta de Ampliación de Estudios y el Centro de Estudios Históricos o el declive de las otrora pujantes instituciones culturales como el Institut d'Estudis Catalans y los numerosos centros de cultura obrera. A su vez, el Estado proporcionó las infraestructuras (institucionales, académicas y de transferencia) necesarias para la perpetuación de unas prácticas históricas que aseguraran el cultivo de una historia destinada a legitimar y sostener el propio régimen. En este contexto debe entenderse la creación del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, así como la fundación —o asimilación— de numerosas instituciones locales de cultura bajo el patrocinio del Patronato

³⁰ Lo de «lanzas de tinta» lo extraigo de *Proa*, n.º 1, año I, diciembre de 1940, p. 1. Sus actividades en la inmediata posguerra en Alares, Gustavo, «Zaragoza 1940: flores fascistas en el erial», *VI Encuentro de Investigadores sobre el Franquismo*, Zaragoza, Fundación Sindicalismo y Cultura, 2006, pp. 289-299 y más extensamente en Alares, Gustavo, «Introducción», *Diccionario biográfico de los consejeros de la Institución Fernando el Católico...*, op. cit., pp. 5-69.

³¹ Eiroa, Jorge Juan, *El rojo color del agua*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1983.

José María Quadrado³². De la misma manera, se produjo el debilitamiento y en muchos casos destrucción de las antiguas redes académicas, de los instrumentos básicos de comunicación científica (revistas, seminarios, congresos...), mientras que muchos de los antiguos referentes historiográficos se desvanecieron en la debacle de 1939 para recuperarse tan solo varias décadas después.

Con relación al americanismo, y al igual que en el resto de la profesión, se produjo la dislocación de las diferentes escuelas —y la salida hacia el exilio de muchos de sus miembros—. La desaparición de la prometedor revista *Tierra Firme* no fue sino un ejemplo paradigmático de los nuevos rumbos que, bajo la hegemonía del Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo del CSIC y la Escuela de Estudios Hispano-Americanos de Sevilla, tomarían los estudios americanistas durante la dictadura³³. Por eso, parece en extremo generoso aludir a los fundadores del nuevo americanismo oficial como «continuadores y reorientadores de las labores de preguerra». Y es que resulta voluntarista atribuir a esta «generación de americanistas españoles» la responsabilidad «de haber sorteado las incertidumbres de posguerra y haber devuelto la solidez a esta clase de estudios e, incluso, de haberla reforzado»³⁴. Y resulta errónea esta apreciación porque sobre todo sitúa a los nuevos protagonistas del americanismo oficial de posguerra como ajenos a la debacle, como meros espectadores de la profunda reordenación de la disciplina que aconteció tras 1939 y de la que en realidad fueron protagonistas destacados. Tras 1939 se configuró una nueva comunidad de historiadores —también americanistas— que se asentó sobre los huesos reales o metafóricos de antiguos maestros, compañeros y discípulos. Y es que la propia profesión se encomendó —unas veces con docilidad y otras con pleno entusiasmo— a la tarea de purificar el cuerpo docente e investigador, postergando a maestros y compañeros, cuando no incurriendo directamente en el expolio intelectual de los purgados. Así aconteció con la publicación por parte del Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo —organizado a partir de 1939 por Manuel Ballesteros— del primer volumen de la crónica de Bernal Díaz del Castillo *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, con la deliberada omisión del nombre del editor principal, Ramón Iglesia Parga, destinado en la Biblioteca Nacional desde 1931 como miembro del CFABA y que, como Antonio Rodríguez Moñino y Raquel Lesteiro —los otros colaboradores en la obra—, se vio obligado a marchar al exilio³⁵.

³² Véase Pasamar, Gonzalo, *Historiografía e ideología en la postguerra española...*, op. cit., y Marín, Miquel, «Estado, historiografía e institucionalización local: una primera aproximación al Patronato Quadrado», *Mayurqa*, 24 (1997-1998), pp. 133-156 y Marín, Miquel, *Los historiadores españoles en el franquismo, 1948-1975: la historia local al servicio de la patria*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2005.

³³ López-Ocón, Leoncio, «La ruptura de una tradición americanista en el CSIC: la evanescencia de la revista *Tierra Firme*», *Arbor*, vol. CLX, n.º 361-362 (1998), pp. 387-411.

³⁴ Los entrecomillados en Vélez, Palmira, «Historiografía americanista española del siglo XX. Unas reflexiones en homenaje a Juan José Carreras», en Carlos Forcadell (ed.), *Razones de historiador. Magisterio y presencia de Juan José Carreras*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2009, pp. 363-372 (366).

³⁵ Bernabéu, Salvador, «La pasión de Ramón Iglesia Parga (1905-1948)», *Revista de Indias*, vol. LXV, n.º 235 (2005), pp. 755-772. Raquel Lesteiro fue esposa de Ramón Iglesia.

En este contexto dictatorial vendría a producirse la consolidación de una comunidad académica caracterizada por un alto grado de hermetismo e impermeabilidad, y centrada en el cultivo de una historia profundamente ideologizada³⁶. A partir de 1939 la producción cultural y académica debió discurrir inexcusablemente por los estrechos cauces de la *cultura oficial* impuesta por el régimen, que se tradujo —especialmente para las disciplinas humanísticas— en una interesada delimitación temática y metodológica, y en la adulteración de unas prácticas profesionales que fomentaron unos hábitos académicos más que dudosos³⁷. Y siendo la historia del continente americano una pieza fundamental de la narrativa histórica franquista, el americanismo de posguerra respondió fielmente a las renovadas ansias de Imperio y los continuos llamamientos a la Hispanidad. Una circunstancia que, contando con la connivencia de gran parte de la profesión, echó al traste con algunos de los criterios éticos básicos que se habían convertido en norma profesional. A este respecto, la respuesta de un sexagenario José Deleito y Piñuela ante el acoso de su tribunal depurador resulta sumamente reveladora de la inversión de valores que afectó al oficio de la historia. En los pliegos de descargo y con una valentía que hoy se nos antoja temeraria —la fecha era junio de 1940—, José Deleito y Piñuela vendría a defenderse y a defender algo tan básico y fundamental como la autonomía del historiador frente a los nuevos criterios totalitarios que acabarían imponiéndose en la academia de posguerra: «Historia sin verdad no es ciencia, y el catedrático universitario de Historia no puede ser un propagandista político ni siquiera al servicio de su país, sino un investigador de la verdad»³⁸. Esta sencilla máxima —aquel «noble sueño» que al menos como horizonte ideal había guiado los primeros pasos de la profesión— iba a ser en gran medida dinamitada por la dictadura, para poder ser recuperada tan solo décadas después.

Por eso, y aunque reivindicarse como descendientes del ilustre Eneas pudiera ofrecer atractivos réditos, lo cierto es que la reinstauración del americanismo en la Universidad de Zaragoza tras la Guerra Civil respondió a necesidades mucho más pragmáticas y, en cualquier caso, muy alejadas de supuestas tradiciones historiográficas rescatadas. Lejos de esto, este caso particular permite explicar la cesura sufrida en el mundo académico tras la Guerra Civil y evidenciar algunas prácticas que durante décadas condicionaron la profesión de historiador. Porque, aunque tanto Fernando Solano como su colega y camarada José Navarro Latorre volvieran la vista tres décadas atrás para proseguir alguna de las investigaciones que Serrano Sanz realizara a principios de siglo —ya fuera en torno a Wilkinson y los sucesos de Kentucky, el estudio de las relaciones con los indios, o las incipientes relaciones diplomáticas con los Estados Unidos—, lo cierto es que los zaragozanos lo harían a tientas, cargando titubeantes

³⁶ Pasamar, Gonzalo, «La historiografía franquista y los tópicos del nacionalismo historiográfico español», *Studium*, 5 (1993), pp. 5-31 y Marín, Miquel, «*Subtilitas Applicandi*. El mito en la historiografía española del franquismo», *Alcores*, 1 (2006), pp. 119-144.

³⁷ Peiró, Ignacio, «“Ausente” no quiere decir inexistente: La responsabilidad en el pasado y en el presente de la historiografía española», *Alcores*, 1 (2006), pp. 9-26.

³⁸ Entrecuillados extraídos del «Expediente personal del catedrático Deleito y Piñuela (Don José)», AGA, Caja 31/03993.

con su juventud e inexperiencia, pero respaldados por la oportunidad política y un adanismo trufado las más de las veces de injustificadas presunciones. Y es que el americanismo que se reimplantó en la Universidad de Zaragoza sufrió las consecuencias de su orfandad. Sin referentes próximos, sin estructuras académicas ni tradición estable sobre la que apoyarse, los nuevos candidatos a americanistas debieron transitar por unos terrenos sinuosos que pretendieron dominar gracias a su voluntarismo. Como veremos, esta circunstancia propició una evidente involución de las nuevas tendencias detectadas en los años treinta, y el retorno a las peores inercias del americanismo de principios de siglo y su parquedad interpretativa, su aislamiento historiográfico y su ensimismamiento en el pasado nacional español por encima de las realidades americanas. Pero junto a la reincidencia en antiguas limitaciones, esta regresión imperfecta se produjo obviando algunos de los méritos de aquellos que, como Serrano Sanz, habían localizado en la pulcra erudición y la escrupulosa búsqueda documental algunas de las cualidades fundamentales del historiador profesional.

UN NUEVO AMERICANISMO EN CONSTRUCCIÓN

En la década de los cuarenta, los dos jóvenes candidatos a americanistas de la Universidad de Zaragoza fueron Fernando Solano y José Navarro Latorre. Recién obtenida su licenciatura y tras haber participado en la Guerra Civil, ambos historiadores se encomendaron a Antonio Ballesteros —el veterano catedrático de la Universidad Central de Madrid— como director de sus respectivas tesis doctorales. Una relación académica que se extendió igualmente a su hijo, el también americanista —y activo falangista— Manuel Ballesteros Gaibrois, con el que el núcleo zaragozano mantuvo una estrecha amistad alimentada por la identidad política y las coincidencias en los temas americanos. De hecho, la tesis doctoral de Manuel Ballesteros, inscrita en las primeras relaciones diplomáticas entre España y los Estados Unidos fue *La misión Gardoqui en Filadelfia* (1931) en donde presentaba la correspondencia confidencial que Diego de Gardoqui —primer representante oficial español cerca del Congreso de los Estados Unidos—, remitió a la Secretaría de Estado. Un tema de historia diplomática que entroncaba directamente con los proyectos de Solano y Navarro. Todos ellos, junto al primer Vicente Rodríguez Casado (habría que recordar que su tesis doctoral dirigida también por Antonio Ballesteros versó sobre los *Primeros años de la dominación española en la Luisiana*) compartieron unos lazos de amistad fraguados en las luchas políticas de preguerra, y que se verían consolidados tras la Victoria³⁹. Así, Rodríguez Casado había compartido militancia con Navarro Latorre en la Federación de Estudiantes Católicos, en donde habían trabado amistad. Junto a identidades políticas y generacionales, todos ellos compartían un mismo nicho historiográfico centrado en el análisis de la Florida y la Luisiana en su última etapa colonial, antes de su incorporación a los Estados Unidos.

³⁹ La tesis de Vicente Rodríguez Casado fue defendida en 1940 y publicada dos años después.

A este respecto, Fernando Solano inició en la inmediata posguerra su tesis doctoral bajo el título *La Luisiana y sus problemas. Población y emigración. Aportación al estudio de las relaciones diplomáticas entre España y los EE. UU.* Mientras, Navarro Latorre dio comienzo a su tesis sobre *España y los indios del sureste de los Estados Unidos, 1783-1795*, un tema que ya había sido abordado de manera tangencial por Manuel Serrano Sanz en 1916 en su obra *España y los indios cheroquis y chactas en la segunda mitad del siglo XVIII*. No obstante, la vocación americanista de Navarro Latorre cedió ante las urgencias de lo político, y su traslado en 1941 a Madrid para desempeñar diversos cargos en el entramado educativo de FET-JONS que condicionaron en gran medida su carrera académica.

De manera que sería Fernando Solano el encargado de velar por el testigo del americanismo en la Universidad de Zaragoza. Producto de sus primeras investigaciones fue «Renobales y la enajenación de la Florida», un artículo que apareció en 1942 en las páginas de la revista *Universidad*⁴⁰. El zaragozano se aproximó a la figura de Mariano de Renobales —héroe de los Sitios, tibio liberal y, finalmente, *patriota*—, presentando la memoria remitida por Renobales a Fernando VII en la que le advertía sobre las inconveniencias de la cesión de la Florida a los nacientes Estados Unidos de América. Y Fernando Solano lo hizo siguiendo uno de los objetivos implícitos sobre el que descansarían gran parte de sus investigaciones sobre la España colonial en el siglo XVIII: el de desenmascarar «la maléfica intervención de Norte América en todos los asuntos españoles mientras nuestra Patria mantuvo en su poder un solo metro de tierra Americana»⁴¹. En los años siguientes, Fernando Solano continuó sus investigaciones americanistas con el objetivo de completar su tesis sobre *La Luisiana y sus problemas*. En octubre de 1948, Fernando Solano anunciaba a José Navarro la práctica finalización de su tesis —«Ayer acabé definitivamente la tesis que inmediatamente llevaré al encuadernador y enseguida haré un viaje exprofeso a Madrid a llevársela a [Antonio] Ballesteros»— y le agradecía a su colega zaragozano la revisión efectuada. Y al mismo tiempo, Solano se hacía eco de la intención expresada por Navarro Latorre de dar comienzo también a la redacción de su tesis, deseando «que las dos, la tuya y la mía se juzgasen juntas, por seguir en todo el paralelismo de nuestras vidas»⁴². Unos deseos que no se verían satisfechos ya que, pese al notable trabajo investigador, José Navarro Latorre jamás llegó a defender su tesis doctoral⁴³.

Y junto a este desempeño en los dominios de Clío, Fernando Solano se consagró de lleno a la construcción de la Nueva España desde las filas de Falange. El joven profesor auxiliar y postulante a doctor se implicó en ganar para la Falange el ámbito de la cultura. Así, como uno de los miembros más relevantes de la elite cultural falangista de posguerra, Solano par-

⁴⁰ Solano, Fernando, «Renobales y la enajenación de la Florida», *Universidad*, 3 (1942), pp. 1-18.

⁴¹ *Ibidem*, p. 5.

⁴² «Carta de Fernando Solano a José Navarro Latorre. Zaragoza, 25 de octubre de 1948». AJNL, C 5.3 Correspondencia con Fernando Solano. 1948.

⁴³ El ingente acopio documental llevado a cabo por Navarro Latorre quedó evidenciado en su archivo personal. Al respecto, Alares, Gustavo, *Nacional-sindicalismo e Historia. El archivo privado de José Navarro Latorre (1916-1986)*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2015.

tipó en la fundación de la Delegación de distrito de Educación Nacional —los servicios culturales de Falange—, y fue principal impulsor de la Institución Fernando el Católico, de la que sería director durante décadas⁴⁴. Del mismo modo, se integró en la vida política local como concejal del Ayuntamiento, diputado provincial, vicepresidente de la Diputación Provincial en 1944 y presidente de la misma entre 1949 y 1953, al mismo tiempo que procurador en las Cortes franquistas. Una trayectoria política ascendente que completó con la dirección entre 1940 y 1950 del Colegio Mayor Cerbuna de la Universidad de Zaragoza.

Pero junto al cultivo del ámbito de la política, Solano debió al mismo tiempo procurarse un asidero estable en la Universidad y encontrar un nicho académico a través del que dar curso a su vocación de historiador. Unas ambiciones que de manera indefectible pasaban por acceder a la ansiada cátedra. Lo cierto es que la estructura de la Universidad franquista pivotó en gran medida sobre la figura del omnipotente catedrático. Hasta que a partir de los años sesenta —al calor de la progresiva masificación de la Universidad y de cierta normalización institucional—, se articularan los departamentos como unidades orgánicas, la responsabilidad docente e investigadora había recaído únicamente en la figura del rector de cátedra, concebida esta como una magistratura más del Estado. Similar andamiaje fomentó la aparición de un conjunto de catedráticos convertidos en «pequeños dictadores», que asociarían a la docencia y a la investigación —y en todo momento según sus propias afinidades y criterios—, a un pequeño ejército de leales adjuntos y auxiliares, siempre expectantes ante cualquier expectativa de vacante y, por lo general, sumisos y reverentes a los dictados del catedrático⁴⁵. Esta preocupación por completar su inserción en la Universidad mediante el acceso a la cátedra comenzó a resultar cada vez más apremiante a medida que la convocatoria de oposiciones en la Universidad de Zaragoza se antojaba inminente. Completada su tesis doctoral en 1948, José Navarro y Fernando Solano, conscientes de la necesidad de labrar un currículo acorde con sus pretensiones, se enfrascaron en la redacción de su primer libro, bajo el título *¿Conspiración española? Contribución al estudio de las primeras relaciones históricas entre España y los Estados Unidos de América*. Así a finales de 1947, José Navarro alertaba a su amigo sobre la oportunidad de culminar el proyecto ante la creciente competencia de colegas y advenedizos:

Vengo de la Academia de la Historia y debo ponerte en guardia sobre el asunto de la tesis. Resulta que Manolo [Manuel Ballesteros], por su cuenta —y tal vez con buena intención, sin conocer a fondo nuestros trabajos— ha encargado a un discípulo suyo que haga la tesis sobre el tema Wilkinson. Con este muchacho acabo de hablar y resulta que la mayor parte —todo mejor dicho— de su base documental la tenemos copiada tú y yo. Es cierto que Manolo le dijo que nos consultara pero con la intrepidez propia del recién licenciado se ha lanzado a meterse en el tema por su cuenta. Yo tengo preparada —la base documental se entiende— una monografía que me gustaría publicar en colaboración contigo. Creo en consecuencia: 1.º Que debes decir a Manolo —tú

⁴⁴ Respecto a la Institución Fernando el Católico véase más extensamente Alares, Gustavo, *Diccionario biográfico de los consejeros de la Institución Fernando el Católico...*, op. cit., pp. 5-68.

⁴⁵ Respecto a la cátedra como magistratura y los catedráticos franquistas como «pequeños dictadores» véase nota 4.

que tienes más amistad con él— que en estos cuatro años, tu y yo *nos hemos copiado materialmente* casi todo el catálogo de Campillo (cosa que es bastante cierta). 2.º Que entre nuestros propósitos —bien dentro de las tesis respectivas, bien como monografías aparte— figuraba la publicación de un trabajo, casi ultimado sobre Wilkinson. 3.º Que sin pretender la exclusiva, tenga en cuenta todos estos informes cuando encargue temas a alumnos. Realmente hemos ido despacio. Pero es justo que no nos crucemos, de la misma forma que él pretende que no se toque a Gardoqui. Plantéaselo de la forma más amable que puedas pues en todo caso me parece conveniente que se le prevenga. Más que nada porque el trabajo ya está hecho⁴⁶.

¿*Conspiración española?* fue un libro ambicioso sometido a la imperiosa urgencia de verse publicado, ya que en la estrategia diseñada de manera conjunta por los autores, la monografía debía convertirse en el principal mérito que Fernando Solano presentara a las inminentes oposiciones a cátedra en la Universidad de Zaragoza. No obstante, la génesis del volumen —y pese a contar con las facilidades derivadas de que Solano fuera responsable de la Institución Fernando el Católico— resultó más azarosa de lo esperado. Así, con evidente enojo, Navarro Latorre trasladaba en junio de 1949 sus quejas ante la desidia de Solano, evidenciando a su vez la importancia capital de llevar a buen término la obra y los múltiples usos que de la misma esperaban sus autores:

Acabo de terminar la corrección del *texto* y de las *notas* del libro. He dejado algo para que lo hagáis vosotros: la corrección de los *Apéndices*. La verdad es que estoy bastante disgustado. Tú sabes el esfuerzo personal que he puesto en este trabajo. La corrección me ha llevado exactamente *dos días*, con la sola ayuda —si descuento el capítulo que leímos juntos— de Carmina. Esto significa que si tú quisieras hacerlo —y creo que puedes y debes— podría sin gran agobio, salir el libro perfecto. Recuerda además —y perdona este tono fiscal que es la pura verdad— que el libro lleva en tus manos cerca de *380 días* y que se han deslizado errores tan de bulto como el ya famoso de Missisipí y otros que tú mismo has comprobado.

Antonio Serrano es un buen chico. Pero los autores somos tú y yo. Y la desgracia o la fortuna de esta publicación nos corresponderá por entero. Es muy cómodo entregar a otro la responsabilidad entera de la publicación. Pero es más serio y más justo poner nada más que *una hora diaria* de trabajo durante 10 o 15 días para tener garantías de éxito.

Creo que ahora tu deber es el siguiente:

1.º Mano a mano con el corrector de pruebas, o con un alumno cuidadoso, de toda tu confianza, revisarse, *a partir del texto corregido*, lo que nuevamente se imprima.

2.º Reimprimir todo absolutamente. Serrano debe vigilar esta tarea —¡Qué le vamos a hacer si viene un nuevo retraso! Lo que se tire de nuevo debes verlo, con el cuidado que te pido en el apartado primero, tú y nada más que tú.

3.º A Serrano le envió instrucciones sobre determinadas cosas que he observado. Copia te la mando para que vigiles su ejecución. Pero *vigilar personalmente*.

Un libro de la envergadura del que sacamos supone:

⁴⁶ «Carta de José Navarro Latorre a Fernando Solano. Zaragoza, 15 de diciembre de 1947». AJNL, C 5.2 Correspondencia con Fernando Solano, 1947.

a) Consolidación profesional y tanto importantísimo para el futuro inmediato (sobre todo para tus oposiciones a cátedras de Universidad).

b) Posible ayuda económica del Consejo y de Relaciones Culturales. Naturalmente, esta no podrá darse —o se dará de mal grado— a un libro defectuoso o mal impreso.

c) Prestigio dentro y fuera por ser tal vez la primera obra minuciosa —después de las de Serrano y Sanz y de Rodríguez Casado— que se escribe sobre historia de los Estados Unidos.

Creo que todo esto vale la pena de un mayor interés por tu parte. No puedo encontrar otro tono al dirigirte esta carta. En estos momentos, después de varias horas de corrección, sigo sin entender lo que ha ocurrido con el libro. El paquete de pruebas y correcciones e impresos saldrá en el correo de mañana a tu casa y a tu nombre⁴⁷.

Lo cierto es que el valor de uso de *¿Conspiración española?* excedió con creces su cotización historiográfica. Aferrada a los cánones de la historia política tradicional, *¿Conspiración española?* analizaba los sucesos acaecidos en la frontera hispano-norteamericana a finales del siglo XVIII, cuando diversos colonos de Kentucky contemplaron la idea de abandonar los Estados Unidos y someterse a la soberanía española. Este suceso fue conocido por la historiografía decimonónica estadounidense como la «*Spanish conspiracy*», atribuyendo así «la paternidad del proyecto a la mala fe de España», tal y como vinieron a desmentir los autores en su estudio⁴⁸.

Entre los diversos proyectos de secesión el de James Wilkinson fue el que alcanzó mayor concreción, llegándose a explicitar en la conocida como *Memoria de Wilkinson*, en donde el brigadier exponía sus planes de sometimiento a la soberanía española. Finalmente, Wilkinson transitaría desde sus iniciales veleidades secesionistas a la más absoluta lealtad hacia la emergente nación americana, convirtiéndose en 1805 en gobernador del estado de Luisiana, ya bajo soberanía estadounidense. Esta *Memoria*, en la que no había reparado en su momento Manuel Serrano Sanz, fue presentada por Navarro y Solano como uno de los principales hallazgos documentales, siendo considerada por los autores como «el documento axial de nuestro trabajo»⁴⁹. Pese a las amplias posibilidades que albergaba este campo de estudio, y que desde nuestra perspectiva actual nos resultan evidentes (hibridaciones culturales, identidades nacionales ambivalentes, despliegue de los poderes imperiales), la obra de Navarro y Solano se vio aquejada de su incapacidad de rebasar el estricto marco nacional español. Así, valiéndose de la historia diplomática y la historia política tradicional, el conflicto de

⁴⁷ «Carta de José Navarro Latorre a Fernando Solano. Madrid, 9 de junio de 1949». AJNL, C 5.4. Correspondencia con Fernando Solano, 1949. Antonio Serrano Montalvo (1921-1999) fue profesor adjunto de Historia de la Universidad de Zaragoza, concejal del Ayuntamiento y secretario de la Institución Fernando el Católico desde su fundación en 1943. Su exigua obra escrita no fue óbice para que fuera considerado durante décadas como el mayor especialista en los Sitios de Zaragoza. Una aproximación biográfica en Alares, Gustavo, *Diccionario biográfico de los consejeros de la Institución Fernando el Católico...*, op. cit., pp. 368-371.

⁴⁸ Navarro Latorre, José, y Solano Costa, Fernando, *¿Conspiración española? 1787-1789. Contribución al estudio de las primeras relaciones históricas entre España y los Estados Unidos de América*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1949, p. 31.

⁴⁹ *Ibidem*, capítulo IV, p. 113.

Kentucky y Wilkinson fue analizado en clave de política doméstica española, reiterando así las peores inercias del americanismo de principios de siglo. En este sentido, *¿Conspiración española?* pretendió enlazar con *El brigadier Jaime Wilkinson y sus tratos con España para la independencia de Kentucky (años 1787 a 1797)*, monografía que Manuel Serrano Sanz publicara en una fecha tan lejana como 1915. Pero más allá de la voluntarista asunción de determinadas filiaciones intelectuales, lo que caracterizó las investigaciones del tándem Navarro-Solano fue una evidente orfandad historiográfica.

La ausencia de magisterio en la Universidad de Zaragoza se intentó suplir precariamente con el consejo del archivero Miguel Gómez del Campillo —quien se encargó del prólogo del volumen y que les «acompañó espiritualmente en la iniciación de sus trabajos»—; la presencia distante de Antonio Ballesteros —director de las tesis doctorales de ambos—; y muy especialmente la del hijo del anterior, Manuel Ballesteros Gaibrois, que tal y como reconocían Navarro y Solano «inició en nosotros la preocupación por estos temas y orientó nuestros primeros pasos»⁵⁰. Pero al margen de gratitudes más o menos justificadas, lo que evidenciaba la nómina de agradecimientos de *¿Conspiración española?* era un desamparo intelectual de difícil enmascaramiento, que pretendió ser suplido con altas dosis de voluntarismo y cierta injustificada jactancia.

Y en ese retomar anteriores líneas quebradas, Navarro y Solano incurrieron en algunas de las carencias que habían caracterizado el americanismo de principios de siglo y que la ruptura de la Guerra Civil no hizo sino poner nuevamente de actualidad. Porque junto al ensimismamiento nacional y la hagiografía en torno a la *labor civilizatoria* de España en América, la monografía de Navarro y Solano evidenció la precariedad y, sobre todo, el aislamiento en el que se desenvolvía la historiografía franquista. Porque lo que en gran medida fue presentado como hallazgo original —la inexistencia de la citada conspiración— no dejaba de constituir una de las tesis que expusiera el prestigioso historiador estadounidense Arthur Preston Whitaker en su libro *The Spanish-American Frontier* publicado en 1927. Una monografía clave dentro de la historiografía *boltoniana*, que los autores tan solo pudieron consultar meses antes de la aparición de *¿Conspiración española?*⁵¹. Como reconocían en una atropellada nota,

⁵⁰ Tanto José Navarro como Fernando Solano habían coincidido con Gómez del Campillo en la Zaragoza militarizada durante la Guerra Civil. Sobre la relación de todos ellos, Alares, Gustavo, «José Navarro Latorre (1916-1986): la vida entre la Historia y la política (nacional-sindicalista)», en Gustavo Alares, *Nacional-sindicalismo e Historia...*, *op. cit.*, pp. 13-75. Los entrecomillados en José Navarro y Fernando Solano, *¿Conspiración española?...*, *op. cit.*, p. VII. Sobre la importancia de Antonio Ballesteros en el americanismo y sobre los procesos de reconstrucción de la memoria pública de la que fue una de las sagas más influyentes de la historiografía española puede verse la generosa semblanza esbozada por su propio hijo, Manuel Ballesteros en «Maestros del americanismo. Antonio Ballesteros Beretta, (1880-1949)», *Quinto Centenario*, 3 (1982), pp. 1-27. La relación entre el grupo zaragozano y Manuel Ballesteros resultó especialmente fructífera e intensa en la década de los cuarenta, cuando Manuel Ballesteros integró el Seminario de la Hispanidad —creado en el seno de la Institución Fernando el Católico bajo la dirección de José Navarro Latorre— desde donde publicó su *Descubrimiento y fundación del Potosí, Zaragoza, Seminario Nacional de Hispanidad, Delegación de Distrito de Educación Nacional, 1950*.

⁵¹ José Navarro Latorre se había presentado por carta a Arthur P. Whitaker en febrero de 1946, solicitando a su vez un ejemplar de su *The Spanish-American Frontier*, del que, sin embargo, su autor no pudo proporcionarle por no disponer de copias. Al respecto, «Carta de José Navarro Latorre a Arthur Preston Whitaker. Madrid, 11 de febrero de 1946». AJNL,

«el Profesor Whitaker mantiene en su obra una tesis concordante, en líneas generales, con la nuestra. Considera que la llamada *Spanish conspiracy* debe ser designada, más apropiadamente, como “*the frontier intrigue with Spain*”»⁵². En resumidas cuentas, Solano y Navarro venían a certificar —con gran júbilo patriótico— lo que la historiografía profesional estadounidense había establecido veinte años atrás. Un producto más del ensimismamiento nacionalista y las debilidades de una tradición americanista más invocada que real.

En cualquier caso, más allá del valor intrínseco de la obra, quizá sería conveniente referirse a alguno de los usos parahistoriográficos que los autores dieron a la que constituyó su primera monografía. Por de pronto, *¿Conspiración española?* se presentó como un ejercicio patriótico brindado a la nación española. Desde esta perspectiva, el libro fue presentado a Luis Carrero Blanco con la intención última de «defender a España de una de las acusaciones que más ha difundido la Leyenda Negra contra nuestra Patria, en los Estados Unidos»⁵³. Y también como ejercicio de alto servicio patriótico fue acogida por el ministro de Asuntos Exteriores, Alberto Martín Artajo, que consideró la publicación «muy oportuna, pues que, celebrándose este año el centenario de Washington debe ser llevado a Norteamérica para que allí se conozca en toda su verdad la conducta de España en momentos difíciles de la historia norteamericana»⁵⁴. En el fondo, *¿Conspiración española?* fue una monografía de servicio destinada a reseñar la importancia de España en el desarrollo inicial de los Estados Unidos y desvincularla de las maniobras conspirativas que cierta historiografía decimonónica norteamericana le había achacado. Como concluían sus autores, acabar con la ignominia de la «*Spanish conspiracy*» no era sino concluir con uno de los últimos perniciosos eslabones de la «Leyenda Negra»⁵⁵.

Pero junto a este aliento patriótico la obra respondió a intereses mucho más pragmáticos. Y entre ellos, la urgencia editorial ante la inmediatez de una convocatoria de cátedras en Zaragoza y la acuciante necesidad de planificar una estrategia académica consistente. Este fue uno de los propósitos de *¿Conspiración española?*: coadyuvar en la promoción académica de Fernando Solano y facilitar su consolidación profesional como catedrático. Con la citada monografía, Solano Costa vio incrementarse sus méritos de cara a la obtención de la siempre ansiada cátedra universitaria. Por eso, aunque Fernando Solano hubiera consolidado su posición política con una espectacular trayectoria ascendente en los organismos de Falange,

C 1.4. Correspondencia académica sobre trabajos de la tesis y bibliografía. 1946. Hasta 1948, y pese a diversos intentos, el conocimiento de la obra del estadounidense fue únicamente posible para José Navarro Latorre a través de una reseña aparecida en la *American Historical Review*.

⁵² Navarro, José, y Solano, Fernando, *¿Conspiración española?...*, *op. cit.*, p. 90.

⁵³ «Carta de José Navarro Latorre a Luis Carrero Blanco. Madrid, 17 de enero de 1950». AJNL, C 2.6 Correspondencia general. 1949.

⁵⁴ «Carta de Alberto Martín Artajo a José Navarro Latorre. Madrid, 31 de enero de 1950». AJNL, C 4.1 Correspondencia académica. 1950.

⁵⁵ «La “Spanish Conspiracy”, no es sino una intriga norteamericana en su origen y en su desarrollo, que demostró cumplidamente la buena fe de España hacia los Estados Unidos en el periodo más crítico de su infancia política». Navarro, José, y Solano, Fernando, *¿Conspiración española?...*, *op. cit.*, p. 92.

en las Cortes franquistas y en la Diputación Provincial —una trayectoria que no nos detendremos en analizar, pero que quebraría estrepitosamente en 1953—, la consecución de la ansiada cátedra se convertía en objetivo preferente, en el único medio de asegurar su inserción definitiva en el ámbito académico.

LA CONQUISTA DE UNA CÁTEDRA

Esa oportunidad llegó finalmente en febrero de 1950 cuando fueron convocadas las oposiciones para la cátedra de Zaragoza bajo el alambicado encabezamiento de *Historia de España en las edades moderna y contemporánea*, de *Historia General de España (moderna y contemporánea)* y de *Historia de América e Historia de la Colonización Española*. Una oposición celebrada a finales de año y a cuyos ejercicios finales —y tras diversas incomparencias, abandonos y exclusiones—, concurren Rafael Olivar, Miguel Artola, Manuel Fernández Álvarez y el propio Fernando Solano⁵⁶.

Pese a los limitados méritos del zaragozano, la configuración del tribunal —presidido por Juan Contreras y López de Ayala (marqués de Lozoya) y con Manuel Ferrandis Torres, Luis de Sosa y José Camón Aznar como vocales y Ángel Canellas como secretario—, evidenció la favorable situación de partida del candidato doméstico, postulado como el candidato oficial desde el inicio del proceso. Lo cierto es que en el camino hacia la cátedra Fernando Solano contó con poderosos aliados. No solo la benevolencia de un jurado integrado por notorios falangistas como Luis de Sosa; por paisanos más o menos próximos como Camón Aznar; o amigos íntimos y camaradas como Ángel Canellas. Fernando Solano contó además con la mediación en Madrid de José Navarro Latorre —entre otras cosas, secretario técnico del ministro de Educación Nacional—, el apoyo de Tomás Romojaro —vicesecretario general de FET-JONS—, y sobre todo, el favor del ministro de Educación, el turolense José Ibáñez Martín. Al mismo tiempo, el candidato puso en práctica una estrategia de discreto cerco al tribunal. En junio de 1950, un intranquilo Fernando Solano informaba a Navarro Latorre sobre la evolución de sus trabajos de preparación de la oposición, y aprovechaba la ocasión para solicitarle consejo con la franqueza reservada a los amigos verdaderos:

Respecto a mis oposiciones estoy trabajando seriamente. Ya tengo en marcha la memoria y terminando la redacción de los programas. Por cierto que quizás sería conveniente aprovechando mi próximo viaje a Madrid, el que tuviese alguna conversación con los miembros del Tribunal. El mejor sistema puede ser encuentros «casuales», por ejemplo con Luis de Sosa, en comida ofrecida por la Delegación, y con Camón y Ferrandiz [*sic*], en comida ofrecida por Galindo, a la que incluso podría asistir el Ministro. Dame sobre esto tu valiosa opinión, más necesaria que nunca, porque la

⁵⁶ Una aproximación a la citada oposición a cátedras en Blasco, Yolanda, y Mancebo, María Fernanda, *Oposiciones y concursos a cátedra de historia en la Universidad de Franco (1939-1950)*, Valencia, Universitat de València, 2010, pp. 227-229 y Pallol, Rubén, «La Historia, la Historia del Arte, la Paleografía y la Geografía en la Universidad nacionalcatólica», en Luis Enrique Otero (dir.), *La Universidad nacionalcatólica. La reacción antimoderna*, Madrid, Universidad Carlos III, 2014, pp. 641-644. En el último momento no se presentarían los aspirantes Joan Mercader, Carlos Corona Baratech, Felipe Ruiz Martín, Manuel Tejado, María del Carmen Ambroj, Eugenio Sarrablo y Claudio Miralles.

coyuntura para mí es única, y por tanto hay que trabajarla lo más inteligentemente posible. Así, ¿te parecería bien que enviase un ejemplar de *¿Conspiración?* a cada uno de los miembros del Tribunal? Perdona que te moleste con todos estos asuntos personales, pero ¿qué remedio queda?⁵⁷

Su amigo y confidente le ofreció limpio consejo para, en última instancia, remitirle al común camarada Ángel Canellas —recordemos, catedrático de Paleografía de la Universidad de Zaragoza y secretario del tribunal— señalado como «la pieza esencial de tu manejo en las oposiciones»⁵⁸.

En cualquier caso, y superadas las incertidumbres que acosan a cualquier opositor, los ejercicios comenzaron el 20 de noviembre de 1950, y en seguida pareció evidente la condición de candidato oficial de Fernando Solano. De hecho, durante el ejercicio primero —consistente en la presentación de méritos personales y académicos—, el resto de aspirantes sometieron a un estricto escrutinio al candidato zaragozano ejerciendo su derecho a plantear las observaciones que consideraran oportunas, creyendo ingenuamente que podrían debilitar así la posición de partida de Solano. Pero, concluidos los segundos ejercicios de la oposición —la memoria metodológica de la asignatura—, los vocales del tribunal propusieron por unanimidad la exclusión del resto de candidatos salvo Fernando Solano, «por no haber tenido la altura científica mínima obligada en unas oposiciones a Cátedras»⁵⁹. Una decisión que, si bien fue en última instancia revocada por el presidente permitiendo a todos los candidatos concurrir al siguiente ejercicio, evidenció las tensiones y desacuerdos suscitados en el seno del tribunal. Tras el tercer ejercicio —en el que los aspirantes expusieron un tema de su programa—, el tribunal decidió eliminar a Miguel Artola, quedando Rafael Olivar, Manuel Fernández y Fernando Solano para la realización del cuarto ejercicio en el que Solano expuso el tema «La conquista de Centro-América»⁶⁰. Al quinto y último ejercicio concurren únicamente Fernando Solano y Rafael Olivar, aunque tanto los vocales como el secretario «reiteraron el parecer de actas anteriores sobre la actuación del Sr. Oliver, que en este cuarto ejercicio se ha caracterizado por su escaso contenido y altura de nivel científico requerido»⁶¹.

⁵⁷ «Carta de Fernando Solano a José Navarro Latorre. Zaragoza, 5 de junio de 1950». AJNL, C 5.5 Correspondencia con Fernando Solano, 1950.

⁵⁸ Sobre las oposiciones de Solano, su amigo y camarada le aconsejó: «Estoy a tu disposición respecto a las reuniones con los miembros del Tribunal. Lo de Sosa puedes disponerlo cuando te parezca oportuno. No me parece mal lo de Galindo aunque depende del grado de amistad que tenga con Camón y Ferrandiz. No sé si es conveniente enviar un ejemplar del libro a los miembros del tribunal. Ten en cuenta que en el momento oportuno debes valorar la obra con el máximo de atención. Creo que Ángel debe ser la pieza esencial de tu manejo en las oposiciones». «Carta de José Navarro Latorre a Fernando Solano. Madrid, 8 de junio de 1950». AJNL, C 5.5, Correspondencia con Fernando Solano, 1950.

⁵⁹ «Acta n.º 21 de la Sesión del día 28 de noviembre de 1950», «Expediente de oposiciones a cátedras de Historia de España en las Edades Moderna y Contemporánea...». Archivo General de la Administración (AGA), Sig. 31/04045, Leg. 12611-19.

⁶⁰ En el tercer ejercicio consistente en la exposición de un tema de su elección, Fernando Solano escogió «La guerra de la Independencia y su influencia en el pueblo español», texto sobre el que redactaría su posterior artículo «Influencia de la guerra de la Independencia en el pueblo español», *Jerónimo Zurita*, 3 (1954), pp. 103-121.

⁶¹ «Acta n.º 34, Sesión del 9 de diciembre de 1950», «Expediente de oposiciones a cátedras de Historia de España en las Edades Moderna y Contemporánea...». AGA, Sig. 31/04045, Leg. 12611-19.

Aconteció lo previsible, y el 16 de diciembre de 1950, Fernando Solano obtuvo la anhelada cátedra.

Pero incluso en una comunidad como la de los historiadores franquistas tan habituada al fraude y las corruptelas, el resultado de la oposición de la cátedra zaragozana —y no por no esperado—, soliviantó el ánimo de los que normalmente transigían en silencio cómplice, esperando cumplida recompensa en futuras convocatorias. De hecho, fue tal el sentimiento de agravio por parte del resto de aspirantes y sus respectivos patrocinadores, que el 14 de diciembre —una vez acabados los ejercicios y dos días antes de la resolución final—, varios opositores que prefirieron permanecer en el anonimato remitieron un escrito al presidente del tribunal, el marqués de Lozoya, cuya copia acabaría en las manos de Florentino Pérez Embid, y en la que mostraban su preocupación por el previsible desarrollo de las deliberaciones:

Como ustedes saben perfectamente, en torno a estas oposiciones se han movido mucha atención y algunas pasiones, se han producido reacciones en cierto modo colectivas de catedráticos, historiadores y personas interesadas, y el desenlace que todo esto tenga adquirirá una resonancia que ha de estar en razón directa de la limpieza moral del fallo⁶².

Sin comprometer la ecuanimidad del jurado y como desesperada maniobra para evitar lo inevitable, los opositores apelaban al «deseo y la esperanza de que en este caso —frente a todas las maledicencias, tan frecuentes por desgracia en estos temas— resplandezca una vez más la ejemplaridad moral y profesional»⁶³. La carta, parece ser que finalmente no fue remitida a su destinatario. Quizá ante la simple constatación de la inutilidad que suponía invertir en esfuerzos vanos. O quizá por la mesurada mediación de algún otro miembro de la academia dispuesto a evitar mayores escándalos.

En cualquier caso, la victoria de Fernando Solano acarreó un corolario de enemistades fundadas en dosis similares sobre los antagonismos políticos —sustanciados en la oposición entre Falange y el Opus Dei—, las rivalidades académicas y los desencuentros personales. En una extensa carta fechada en noviembre de 1953 —tres años después de la polémica oposición de Solano— Navarro Latorre recordaba a Tomás Romojaro —entonces vicesecretario general de Falange— algunos de los entresijos de la citada oposición y deslizaba una serie de veladas amenazas en respaldo de su amigo y camarada:

A principios de octubre estuve en Barcelona con Demetrio Ramos. Este me dijo confidencialmente que se encontró a [Antonio] Tovar en Secretaría General. En la conversación que mantuvieron allí (el 30 de septiembre, cabalmente) Tovar aludió, entre otras cosas, a que la oposición ganada por Fernando Solano fue una cacicada mía, pues Fernando no tenía ni prestigio intelectual ni publicaciones para merecer dicha cátedra.

⁶² «Carta sin firma remitida al Marqués de Lozoya. Madrid, 14 de diciembre de 1950». Archivo General de la Universidad de Navarra, Fondo Florentino Pérez Embid, Sig. 003/002/1299.

⁶³ *Ibidem*.

Los conceptos empleados por Tovar coincidían por cierto con curiosa exactitud con los de un escrito clandestino que se repartió por las Universidades a fines de 1951 para justificar el Decreto de automatismo en la designación de tribunales. En aquel mismo tiempo todo el mundo atribuyó la paternidad de ese escrito a la inspiración ministerial y muy concretamente a la de Pérez-Villanueva-Lago.

También resulta curioso que Tovar presume de haber aniquilado al *Opus* y se dedique a denigrar el caso Solano en cuya oposición tuvo que vencer la fortísima resistencia de un candidato del *Opus* —Rafael Bertrán— protegido hasta el máximo por Rodríguez-Casado, Pérez Embid y Calvo Serer. (Terminada la oposición, Rodríguez-Casado y Pérez Embid la calificaron de victoria falangista frente al *Opus* y así me lo dijeron, medio en serio medio en broma. Creo que a ti también te han hablado en ocasiones de esto).

Otro de los «agitadores» durante la oposición de Fernando fue el entonces Secretario de Alcázar y hoy Jefe del Servicio de Publicaciones de la Dirección General de Información, José Cepeda Adán.

Pues bien: ayer me enteré, por testimonio de Aníbal Arias, Director de Radio SEU y antiguo compañero de estudios de José Cepeda, que este había sido directivo de la FUE en el Instituto Cardenal Cisneros y activo miembro de las juventudes comunistas en el 35 y 36 así como organizador de las Milicias de cultura en Madrid, durante la guerra.

No creo valga la pena —ni soy partidario de ello— de remover ahora historias personales. Pero como tú interveniste conmigo en el tema de las oposiciones de Fernando, quiero darte confidencialmente todos estos datos para que las cosas queden en su punto y cada uno sepa a qué atenerse cuando llegue el caso de utilizar la verdad de los motivos que inspiran campañas injustas contra un hombre, honrado a carta cabal, como Fernando, falangista del 33, de servicios culturales destacadísimos desde la Delegación de Educación y de la Institución Fernando el Católico, con una ejecutoria profesional que resiste con ventaja la comparación con otras de algunos de sus detractores, y con una calidad humana-personal, moral y política que está a muchos codos por encima de todos estos caballeros.

Te reitero que no pretendo otra cosa sino dejarte escrita esta información. También te anuncio que si ese monstruoso maridaje que representa la campaña Tovar-*Opus*-Cepeda volviera a salir a flote, estaría dispuesto por mi parte a hacer públicas estas cosas y otras muchas que conozco y me reservo. (Por ejemplo, sobre las oposiciones de Tovar, fuente de su lejano resentimiento contra Fernando, inocente víctima de su odio por esta causa contra Ibáñez por considerársele su protector).

Perdona la extensión de este escrito que te ruego leas con calma y guardes en la reserva⁶⁴.

La carta deja de traslucir las diversas fobias e inquinas personales que jalonaban la profesión, la rivalidad política entre Falange y el Opus Dei en el seno de la academia, y, sobre todo, la disposición a recurrir al pasado en caso necesario. Pero en su dureza, el escrito es también un ejemplo de sincera amistad, de sólida lealtad entre camaradas, en este caso, entre José Navarro y Fernando Solano.

⁶⁴ «Carta de José Navarro Latorre a Tomás Romojaro. Madrid, 7 de noviembre de 1953», AJNL, C 15.3, Correspondencia general 1953. Letra R.

En cualquier caso, tras su victoria, Fernando Solano cumplió debidamente con los deberes del triunfador, agradeciendo al ministro «el valioso apoyo» prestado durante las oposiciones:

Como sé que se alegrará, ya que me ha dado tantas pruebas de amistad, correspondidas por mí con una lealtad inquebrantable, me es grato remitirle los recortes de Prensa del homenaje que las Entidades culturales me han rendido con ocasión de las última oposiciones. Asimismo, le remito una lista de los asistentes al acto y de los que se adhirieron por escrito. Tenga Vd. la seguridad, Sr. ministro, de que a lo largo de este acto lo tuve presente constantemente, ya que su conducta conmigo es inolvidable⁶⁵.

Y así, a base de lealtades inquebrantables, complicidades inconfesables y tramas de intereses recíprocos se tejían los nudos que sustentaban el andamiaje de la comunidad de historiadores franquistas. Y es que la dictadura favoreció la consolidación de unas prácticas adulteradas y la consiguiente alteración de las categorías éticas y profesionales básicas que habían regido el oficio. Lo cierto es que el franquismo, lejos de resumirse en el dictado absoluto del Caudillo, se articuló en torno a una compleja trama de intereses de índole político y pragmático que echó fuertes raíces en la sociedad española. La ubicuidad de la represión y este carácter capilar del régimen ayudó a conformar una sociedad temerosa y proclive al clientelismo y las corruptelas. Y lo más preocupante, la dictadura dejó como legado unas normas de conducta que la actual democracia pareciera no haber conseguido depurar.

A MODO DE CONCLUSIONES

Ganada la cátedra y consolidada su posición en la Universidad de Zaragoza, Fernando Solano inició su particular periplo para ingresar en la cofradía de los historiadores arlequines. Y es que este fue el término que utilizó Felipe Ruiz Martín —en confidencia epistolar con Jaime Vicens Vives—, para referirse en 1957 a aquellos historiadores que, ocupando importantes parcelas de poder académico, no destacaban por sus tareas científicas⁶⁶.

En las décadas siguientes, y tras ser cesado en 1953 como presidente de la Diputación Provincial de Zaragoza, Fernando Solano se dedicó a la docencia universitaria y a la gestión administrativa de la Universidad como vicedecano de la Facultad de Filosofía y Letras desde 1957 hasta 1975, y director del Secretariado de Publicaciones y de la revista *Universidad* entre 1957 y 1967. Pero, sobre todo, y como director de la Institución Fernando el Católico, Fernando Solano ejerció como uno de los principales *factótum* de la cultura local, encontrándose al frente de la entidad hasta abril de 1977 cuando, varios días después de la legalización

⁶⁵ «Carta de Fernando Solano a José Ibáñez Martín. Zaragoza, 30 de diciembre de 1950». AJNL, C 5.5, Correspondencia con Fernando Solano, 1950.

⁶⁶ «Carta de Felipe Ruiz Martín a Jaime Vicens Vives. Valladolid, 28 de diciembre de 1957». Citada en Gatell, Cristina, y Soler, Gloria, *Amb el corrent de proa. Les vides polítiques de Jaime Vicens Vives*, Barcelona, Quaderns Cremà, 2012, p. 451, nota 41.

del PCE y de la promulgación del Decreto Ley de 1 de abril de 1977 que desarticulaba los últimos organismos del Movimiento nacional, presentó su dimisión irrevocable. Fue desde la Institución Fernando el Católico desde donde Fernando Solano impulsó la celebración de diversas actividades académicas como el *V Congreso de Historia de la Corona de Aragón* en 1952 o el *II Congreso Internacional de la Guerra de la Independencia* en 1959, y desde donde coordinó una importante labor editorial y cultural con una evidente proyección política.

Lo cierto es que frente a este despliegue institucional el vigor investigador del nuevo catedrático resultó, cuanto menos, limitado. Sin decidirse a publicar su tesis doctoral, Fernando Solano optó por ofrecer al público diversos fragmentos de la misma, apareciendo publicados a lo largo de las décadas siguientes en las revistas *Jerónimo Zurita*, *Cuadernos de Historia Diplomática* —editadas ambas por la Institución Fernando el Católico— y en *Estudios del Departamento de Historia Moderna* de la Universidad de Zaragoza, el último de ellos en 1981⁶⁷. Al margen de la publicación fraccionada de su tesis el catedrático zaragozano no reincidió en los temas americanistas, y encontró refugio en diversas materias de su predilección como la figura de Fernando el Católico o la guerra de la Independencia⁶⁸. En definitiva, puede decirse

⁶⁷ Solano, Fernando, «La emigración acadiana a la Luisiana española, 1783-1785», *Jerónimo Zurita*, 2 (1954), pp. 85-125; Solano, Fernando, «La fundación de Nuevo Madrid», *Jerónimo Zurita*, 4-5 (1956), pp. 91-108; Solano, Fernando, «Los problemas diplomáticos de las fronteras de la Luisiana», *Cuadernos de Historia Diplomática*, 3 (1956), pp. 121-154; Solano, Fernando, «Los problemas diplomáticos de la Luisiana española», *Cuadernos de Historia Diplomática*, 4 (1958), pp. 51-95; Solano, Fernando, «La evangelización católica de los Natchez», *Estudios del Departamento de Historia Moderna*, Zaragoza, 1973, pp. 93-101; Solano, Fernando, «Los descubrimientos del Mississippi», *Estudios del Departamento de Historia Moderna*, Zaragoza, 1975, pp. 7-18; Solano, Fernando, «Las fronteras hispano-norteamericanas», *Cuadernos de Investigación: Geografía e Historia*, tomo 2, fascículo 1, 1976, pp. 37-49; Solano, Fernando, «Preocupaciones económicas y militares de O'Reilly en el gobierno de la Luisiana», *Estudios del Departamento de Historia Moderna*, Zaragoza, 1977, pp. 7-16; Solano, Fernando, «La colonización irlandesa de la Luisiana española: dos proyectos de inmigración», *Estudios del Departamento de Historia Moderna*, Zaragoza, 1981, pp. 201-208.

⁶⁸ En esta línea de interés sobre la historia política de la Edad Moderna y concretamente sobre Fernando el Católico cabría destacar los trabajos «Carlos V y la Universidad de Zaragoza», *Carlos V (1500-1558)*, Granada, Universidad de Granada, 1958, pp. 545-561; «El reino de Aragón durante el Gobierno de Fernando el Católico», *Jerónimo Zurita*, 16-17-18 (1965), pp. 221-246; «Introducción a la Historia de Aragón en el siglo XVI», *Cuadernos de Aragón* [Zaragoza], 1 (1966); «La muerte de Fernando el Católico», *Cuadernos de Aragón*, 2 (1967); *Notas para una biografía del arzobispo Don Juan de Aragón, administrador de la Archidiócesis de Zaragoza (1439?-1475?)*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1972; «Fernando el Católico y el ocaso del reino aragonés. Lección inaugural del curso académico 1979-1980», Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 1979; «Genio y figura de Fernando el Católico», *Jerónimo Zurita*, 39-40 (1981), pp. 117-133; y «La escuela de Jerónimo Zurita», en *Jerónimo Zurita: su época y escuela*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 1986, pp. 23-54. Respecto a la guerra de la Independencia, Solano llevó a cabo diversas incursiones como «Influencia de la guerra de la Independencia en el pueblo español», *Jerónimo Zurita*, 3 (1954), pp. 103-121; «La resistencia popular en la guerra de la Independencia: el guerrillero», en *La guerra de la Independencia española y los Sitios de Zaragoza*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 1958, pp. 387-423 y *El guerrillero y su trascendencia*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1959. A este respecto, su texto sobre el guerrillero presentado al curso de conferencias de la cátedra Palafox sirvió de inspiración a Carl Schmitt para elaborar su *Teoría del partisano*, publicada en 1963. En una de las notas, Carl Schmitt reconocía cómo los textos de Fernando Solano sobre «La resistencia popular en la guerra de la Independencia: los guerrilleros» y el de José María Jover «La guerra de la Independencia española en el marco de las guerras europeas de liberación (1808-1814)» habían constituido «una principal fuente de nuestras informaciones». Al respecto, Schmitt, Carl, *Teoría del partisano: acotación al concepto de lo político*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1966.

que las investigaciones americanistas de Fernando Solano declinaron al mismo tiempo que obtuvo su cátedra.

Y mientras persistía en el control de los resortes institucionales —Solano accedió a la jubilación en 1983—, a partir de los años sesenta articuló una escueta red de discípulos que se encargarían en las décadas siguientes de proseguir esa tradición americanista reimplantada en 1950⁶⁹. Entre estos cabría señalar a Carmen Roche Herrero, que inició a mediados de los cincuenta su tesis doctoral sobre *El gobierno de Miró en la Luisiana española* y que se desempeñó como ayudante de clases prácticas; Rafael Olaechea, al que en 1955 Solano dirigió su tesina sobre Nicolás de Azara y que tras su estancia en Innsbruck se incorporó a la Universidad de Zaragoza como «el primer discípulo» de Carlos Corona; María Teresa Tolosa y su tesis de licenciatura *Aportación al estudio de los problemas religiosos de la Luisiana española* (1968) y, ya cerrando la década de los setenta, las investigaciones de Jesús Lorente sobre el comercio en la Luisiana⁷⁰. Era esta una nueva generación que, si por un lado inspiraba ciertas simpatías y permitía nuevos diálogos historiográficos, también provocaba reservas y reticencias expresadas en unos juicios que, más allá de lo estrictamente profesional, aludían indirectamente a unas opciones de vida y a unos referentes políticos ajenos en gran medida a los de sus maestros⁷¹.

En cualquier caso, fueron Juan José Andreu y José Antonio Armillas los discípulos que con su plena inserción universitaria consolidaron los estudios americanistas en la Universidad zaragozana. Pero, como uno de los principales efectos de esta azarosa reimplantación, salvo la especialización de Juan José Andreu en las comunidades de esclavos negros en la Luisiana española, la nueva generación de americanistas tuvo que afrontar en primer término la conclusión de los proyectos que, por indolencia, incapacidad o falta de interés, nunca concluyeron sus maestros. En cierto sentido, durante la década de los sesenta —década que comprende los años formativos de José Antonio Armillas y Juan José Andreu—, se produjo un retorno a los proyectos iniciados en los años cuarenta y desarrollados con desigual fortuna por su común maestro. A este respecto, no deja de resultar significativo que los trabajos iniciales de Juan José Andreu se centraran en las relaciones de España con los indios americanos, en clara continuidad con la tesis doctoral de Navarro Latorre sobre *Los indios americanos y España en el siglo XVIII* que, iniciada en 1941, nunca sería publicada⁷². Y del mismo modo, el

⁶⁹ Una visión de conjunto del americanismo en la Universidad de Zaragoza en Armillas, José Antonio, «Historiografía americanista en la Universidad de Zaragoza (1940-1989)», *Revista de Indias*, vol. XLIX, n.º 187 (1989), pp. 707-728.

⁷⁰ Salvo lo relativo a Carmen Roche, la información en el detallado artículo de Armillas, José Antonio, «Historiografía americanista...», *op. cit.*, pp. 707-728 (711). Lo de Rafael Olaechea como «el primer discípulo», en Peiró, Ignacio, *La guerra de la Independencia y sus conmemoraciones (1908, 1958, 2008)*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2008, p. 187, nota 457.

⁷¹ Al respecto, Alares, Gustavo, «José Navarro Latorre (1916-1986): la vida entre la Historia y la política (nacional-sindicalista)», en Gustavo Alares, *Nacional-sindicalismo e Historia...*, *op. cit.*, pp. 13-75.

⁷² Fruto de este inicial interés por las relaciones entre las autoridades españolas y los indios fueron los artículos, «Penetración española entre los indios osages», *Universidad*, 9 (1964), pp. 7-53; y «The Natchitoches Revolt», *Louisiana Studies*, vol. III, n.º 1 (1964), pp. 128-139. Sobre la esclavitud cabe destacar «Un proyecto para la limitación de la esclavitud

primer asidero historiográfico de José Antonio Armillas, «discípulo doblemente querido por sentimientos de amistad y de continuidad en los estudios» —como haría constar Fernando Solano en el prólogo a su tesis doctoral—, reposaría en gran medida en el nicho historiográfico establecido por Navarro Latorre y Fernando Solano en su lejano *¿Conspiración española?*⁷³. Así que fue esta nueva generación de americanistas la destinada a completar y proseguir unas líneas de investigación durante décadas sumidas en un preocupante letargo.

En cualquier caso, en el contexto de normalización historiográfica iniciado en la década de 1970, aquellos discípulos que quisieron iniciar caminos de ruptura, de búsqueda de nuevos paradigmas y enfoques, necesitaron en gran medida saltar sobre la sombra de sus maestros. Una circunstancia que no siempre llegó a verificarse.

negra en Santo Domingo en 1795», *Miscelánea homenaje al Prof. Lacarra*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 1968, pp. 33-62 y «La rebelión de los esclavos de Bona Nigua», *Anuario de Estudios Americanos*, XXVII (1970), pp. 551-581. En 1975, Andreu Ocariz publicó *Luisiana española*, una compilación de trabajos anteriores editados por Librería General. Por otro lado, su tesis doctoral *Movimientos rebeldes de los esclavos negros durante el dominio español en Luisiana* fue publicada en 1977 por el Departamento de Historia Moderna de la Facultad de Filosofía y Letras.

⁷³ El entrecomillado extraído del prólogo de Fernando Solano a la publicación de la tesis doctoral de José Antonio Armillas, *El Mississippi, frontera de España. España y los Estados Unidos ante el Tratado de San Lorenzo*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1977, p. 5. El profesor Armillas, en la actualidad catedrático emérito de Historia de América de la Universidad de Zaragoza, leyó su tesina *La Misión de Jáudenes y Viar, 1789-1796. Diversos aspectos de la Diplomacia española en sus primeras relaciones con los Estados Unidos de América* en febrero de 1968, y cuyos aspectos fundamentales serían desgranados en una multitud de artículos y colaboraciones. En febrero de 1973, defendió su tesis sobre las *Relaciones diplomáticas hispano-norteamericanas a fines del siglo XVIII (1789-1802)*. Al respecto, puede consultarse una detallada bibliografía en Armillas, José Antonio, «Historiografía americanista...», *op. cit.*, p. 711.